

QUE DUERMAS BIEN Y SUEÑES CON LOS ANGELITOS

¿A quién no le gusta recordar los buenos tiempos pasados? Para mí, particularmente, mis recuerdos favoritos son eventos de mi niñez, que por cierto fue una niñez muy feliz.

Yo crecí en un pequeño pueblo de Ciudad de La Habana, pueblo que aún mantiene las características de esos que llaman “pueblo de campo”. Con sólo cruzar la calle, tenía una inmensa finca para correr, jugar y soñar a la sombra de grandes árboles de mamey, mango, ciruelas; en esa época los vecinos éramos como una gran familia, cosa que ha trascendido hasta nuestros días entre los que quedamos, entre los que no nos fuimos. Ojalá pudiera decir lo mismo de la finca que hoy trata de resistirse a la urbanización, tan necesaria, claro está.

Recuerdo con mucho orgullo a mi sacerdote de entonces, muy querido, que me enseñó el Padre Nuestro y el Ave María con los dedos de mis manos (ocho para el Padre Nuestro y 10 para el Ave María), las cosas que hacía por nosotros, que no llegábamos ni a cinco, pero que al final de cada misa dominical, allí estábamos esperándole para oírle hablar de la vida de los santos, aprender canciones, aprender a ayudar en las misas; las veces que le invadíamos el carro para que nos llevase a la playa donde estaba su otra comunidad, para encontrarnos con los niños de allá, una limonada fría y tostadas con fanguito (leche condensada quemada) y los otros millones de veces que nos llevó; cuando se le acabó el carro, en su bicicleta, que creo que es la misma que tiene actualmente.

También guardo muy gratos recuerdos de la escuela a la que solía ir; todavía me parece percibir el olor de los viejos pupitres de madera, mezclados con mi permanente olor de colonia de pétalos de violeta, o escuchar la voz de mi maestra, la que me enseñó a leer y a escribir, que todavía la puedo ver encorvadita por los años, pasar por mi casa, de vez en cuando, para comprar algo en el huerto de mi pedazo de finca.

Me gustaba mucho mi barrio, mi Iglesia, mi escuela. Disfrutaba de todos los acontecimientos con especial alegría, sobre todo de las reuniones familiares, que hoy han menguado un tanto, por los horarios, por los que hoy no están, etc.

Así crecí con un interior lleno de no pocas fantasías, gracias a los cuentos que me leyeron mis abuelos y mis padres que me adentraron en un mundo de hadas madrinas, duendes, colores, Reyes Magos, ángeles, tal y como yo trato de hacerlo hoy, pasados unos 20 años, con mi hijo de ocho. Cuando me involucro en sus juegos y cuando camino con él de la mano, es como revivir mi vida de pequeña, ahora a través de sus descubrimientos y curiosidades, claro está, respetando su espacio, pero ayudando a que crezcan sus propias fantasías y cultivándole la inocencia propia de su edad.

Hace un tiempo, camino de su escuela, aquella a la que yo asistí en otro tiempo y que aún sigue siendo tan linda, después de habernos preparado todos en casa para celebrar el natalicio de José Martí (digo todos porque ya saben los padres como son, hasta la bisabuela ayudó a que el niño memorizara la letra de *La rosa blanca*, le contaba a mi hijo cómo yo había recorrido tantas veces el mismo camino y del cosquilleo en el estómago cuando me tocaba recitar o cantar y así, con mi alma de soñadora, reconstruía para él escenas de alegría: las flores, los disfraces para obras como *Los zapatos de rosa*, *Meñique* y tantas otras. Cuando llegamos, como de costumbre, se leyeron comunicados alegóricos, pero lamentablemente, nada de obras, nada que tuviera que ver con *La Edad de Oro*.